

TABLA.

S. Julio,	215
S. Marciano, y S. Nicandro,	220
S. Patricio Obispo,	228
El martirio de treinta y siete Egipcios,	236
S. Focas Martir, Patron de los Marineros,	241
S. Simeon, Obispo de Persia, y otros muchos Santos Mártires,	253
Santa Ferbula, ó Tarbula, su hermana, y una criada,	269
S. Sadoth Obispo, y otros ciento y veinte y ocho Mártires de Persia,	275
Relacion de la persecucion de Juliano Apóstata,	281
S. Cirilo, y algunos otros Mártires,	idem
S. Eusebio, S. Nestabo, y S. Zenon, hermanos,	283
S. Macedonio,	288
S. Basilio de Ancira,	290
S. Teodoro Martir,	305
S. Teodoro Presbítero,	308
S. Bonoso, y S. Maximiliano,	320
S. Juventino, y S. Máximo,	330
S. Sabas,	335
El martirio de S. Bademo Abad,	345
Calendario Romano muy antiguo,	350
Calendario antiguo de Cartago,	353
Notas sobre las Actas de los Mártires contenidas en este tercer Tomo,	357
S. Eusebio,	360
S. Simeon,	365
S. Sadoth,	370
S. Simeon,	375
S. Simeon,	380
S. Simeon,	385
S. Simeon,	390
S. Simeon,	395
S. Simeon,	400
S. Simeon,	405
S. Simeon,	410
S. Simeon,	415
S. Simeon,	420
S. Simeon,	425
S. Simeon,	430
S. Simeon,	435
S. Simeon,	440
S. Simeon,	445
S. Simeon,	450
S. Simeon,	455
S. Simeon,	460
S. Simeon,	465
S. Simeon,	470
S. Simeon,	475
S. Simeon,	480
S. Simeon,	485
S. Simeon,	490
S. Simeon,	495
S. Simeon,	500
S. Simeon,	505
S. Simeon,	510
S. Simeon,	515
S. Simeon,	520
S. Simeon,	525
S. Simeon,	530
S. Simeon,	535
S. Simeon,	540
S. Simeon,	545
S. Simeon,	550
S. Simeon,	555
S. Simeon,	560
S. Simeon,	565
S. Simeon,	570
S. Simeon,	575
S. Simeon,	580
S. Simeon,	585
S. Simeon,	590
S. Simeon,	595
S. Simeon,	600
S. Simeon,	605
S. Simeon,	610
S. Simeon,	615
S. Simeon,	620
S. Simeon,	625
S. Simeon,	630
S. Simeon,	635
S. Simeon,	640
S. Simeon,	645
S. Simeon,	650
S. Simeon,	655
S. Simeon,	660
S. Simeon,	665
S. Simeon,	670
S. Simeon,	675
S. Simeon,	680
S. Simeon,	685
S. Simeon,	690
S. Simeon,	695
S. Simeon,	700
S. Simeon,	705
S. Simeon,	710
S. Simeon,	715
S. Simeon,	720
S. Simeon,	725
S. Simeon,	730
S. Simeon,	735
S. Simeon,	740
S. Simeon,	745
S. Simeon,	750
S. Simeon,	755
S. Simeon,	760
S. Simeon,	765
S. Simeon,	770
S. Simeon,	775
S. Simeon,	780
S. Simeon,	785
S. Simeon,	790
S. Simeon,	795
S. Simeon,	800
S. Simeon,	805
S. Simeon,	810
S. Simeon,	815
S. Simeon,	820
S. Simeon,	825
S. Simeon,	830
S. Simeon,	835
S. Simeon,	840
S. Simeon,	845
S. Simeon,	850
S. Simeon,	855
S. Simeon,	860
S. Simeon,	865
S. Simeon,	870
S. Simeon,	875
S. Simeon,	880
S. Simeon,	885
S. Simeon,	890
S. Simeon,	895
S. Simeon,	900
S. Simeon,	905
S. Simeon,	910
S. Simeon,	915
S. Simeon,	920
S. Simeon,	925
S. Simeon,	930
S. Simeon,	935
S. Simeon,	940
S. Simeon,	945
S. Simeon,	950
S. Simeon,	955
S. Simeon,	960
S. Simeon,	965
S. Simeon,	970
S. Simeon,	975
S. Simeon,	980
S. Simeon,	985
S. Simeon,	990
S. Simeon,	995
S. Simeon,	1000

VERDADERAS ACTAS  
DE LOS MARTIRES.

TERCERA PARTE.

MARTIRIO

DE SANTA CRISPINA.

Sacado de dos Manuscritos de la Abadía de S. Teodorico.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano,  
y de sus Colegas.

Sentado el Proconsul Anulino en su tribunal en la Sala del Interrogatorio, le dixo el Grefier: Señor, si gustais, ahora se puede oír á Crispina, que ha despreciado los decretos de los Emperadores nuestros Señores. P. Que la traigan: y puesta en su presencia, la dixo: ¿Sabes el nuevo decreto que ha salido? C. No sé qué edicto es ese. P. Pues contiene que sacrifiques á todos los Dioses por la salud de los Emperadores nuestros Señores los piadosos Diocleciano, y Maximiano, y Constancio Cesar. C. Jamás he sacrificado, ni sacrificio sino á un solo Dios, y á su Hijo Jesu-Christo nuestro Señor, que nació, y que padeció por nosotros. P. Déxate de esa supersticion, y humíllate al culto de nuestros Dioses. C. Adoro todos los dias á mi Dios, que es el único que conozco. P. Parece que eres terca,  
Tom. III. A y

y que desprecias lo que te digo; pues tú padecerás, aunque no quieras, una parte de la pena del edicto. C. Padeceré de buena gana por el honor de mi Fé todo lo que me mandeis sufrir. P. ¿Aún eres tan insensata que no quieres abandonar esa ilusion para adorar á nuestros Dioses? C. Adoro todos los dias á un solo Dios, y no conozco á otro. P. Ya te presento el sagrado edicto: á tí te toca el observarle. C. Observo la Ley de Jesu-Christo mi Señor, y mi Dios. P. Si no obedeces de buena gana la orden de nuestros Emperadores, te se hará por fuerza, y acaso perderás la vida: ya sabes lo que ha pasado en toda el Africa. C. Antes mueran los Emperadores, que hacerme á mí dar incienso á los demonios: solo doy culto á Dios, que hizo todo. P. ¿Luego tú no aceptas estos Dioses, por los quáles es preciso obligarte á tener la debida devocion? C. Donde hay fuerza, no hay devocion. P. Pues bien, tenla voluntariamente, y ven á ofrecer con libertad el incienso en nuestros Templos. C. Yo no lo he hecho lo que há que estoy en el mundo, y así en mi vida lo haré. P. Hazlo, si quieres evitar el rigor de las leyes. C. Eso nada importa: no os temo; pero si despreciase al Dios del cielo, entonces sería verdaderamente sacrilega, y me perdería para siempre en el dia grande de su juicio. P. Obedeciendo á nuestras sagradas leyes, no cometerías sacrilegio alguno. C. ¿Quereis que yo sea sacrilega para con mi Dios, por no serlo para con vuestros Emperadores?

No

No lo permita Dios: mi Dios es el único, el grande, y el Todopoderoso: es quien ha hecho la tierra, y todo quanto ella produce: mas los hombres que él ha criado, ¿qué pueden hacer por sí mismos? P. Sigue la Religion Romana, como nosotros, y como nuestros mismos invencibles Emperadores. C. No conozco sino á un Dios, que es el único, y el verdadero; porque esos Dioses que me quereis hacer adorar, no son sino piedras labradas de mano de los hombres. P. Esas blasfemias, que profieres con tan poco respeto, no mejorarán mucho tu causa. Volviéndose despues hácia su Notario, le dixo: Que la rapen toda, y despues que la arranquen el pellejo de la cabeza; y en este estado sea presentada ante el pueblo, como un objeto de horror, y de escarnio. C. Como vuestros Dioses me digan solamente una palabra, estoy pronta á creer todo lo que quisiéreis: por lo demás, sabed que si yo no buscase la salud eterna, no me hubiera dexado traher de este modo á tu tribunal para ser en él preguntada. P. Todavía te doy á escoger, ó vivir feliz, ó morir en los tormentos, como tus compañeras Máxima, Donatila, y Segunda. C. Entonces sí que elegiría yo la muerte, y me precipitaría voluntariamente en un fuego eterno, si adorase á vuestros demonios. P. Tú los adorarás, ó yo te haré cortar la cabeza. C. ¡Qué gracias no daría yo á mi Dios, si os debiese este favor! No podría perder la cabeza mas que una vez; pero si ofreciese incienso á los Idolos:: Interrumpió-

A 2 pió-

4 MARTIRIO DE SANTA CRISPINA.

pióla Anulino, y la dixo: ¿Qué, aún persistes en tu loco encaprichamiento? C. El Dios que adoro, es verdaderamente Dios, y siempre lo ha sido. El es quien despues de haberme dado la vida, me ha reengendrado tambien en las aguas del santo bautismo: está conmigo, é impide que mi alma haga lo que quereis, y que no sea sacrilega.

Dixo entonces Anulino: Esto ya es demasiado el estar sufriendo por tanto tiempo á esta impía. Qué lean su interrogatorio. Lo qual habiéndose executado, pronunció esta sentencia: "Per severando Crispina en su supersticion, y no queriendo sacrificar á los Dioses, será degollada, conforme al edicto de los Emperadores." Dió Crispina gracias á Jesu-Christo de que así la libraba de las manos, y del poder del Proconsul. Padeció en Tebaste (1) en el mes de Diciembre el dia cinco.

(1) Ciudad de Numidia

HISTORIA

DEL MARTIRIO DE SANTA EULALIA (1)

VIRGEN DE MERIDA

EN EL REYNO DE PORTUGAL (2),  
Escrita en verso por Aurelio Clemente Prudencio  
en el Libro de las Coronas, Himno tercero.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano.

**E**ulalia, ilustre por su nacimiento, pero mucho mas por su martirio, reconoce á Mérida por patria suya. Está situada esta Ciudad al Poniente, y recibe los últimos rayos del Sol quando se sumerge en la mar. Es poblacion considerable por la hermosura de sus edificios, y por las riquezas de sus moradores: pero todo su lustre lo debe á la Virgen Eulalia. Sus sagrados huesos, que descansan en ella, son su ornamento: la santidad de su vida ha sido su gloria, y su proteccion la causa toda su dicha.

Tom. III. A 3. Ape-

(1) Dia 10 de Diciembre. Los Martirologios hacen mencion de otra Eulalia de Barcelona el dia 11 de Febrero. (2) Esta Ciudad pertenecía en otro tiempo á la Lusitania; pero en las divisiones posteriores ha sido adjudicada con todo su territorio á Castilla la Nueva en Estremadura, y no á Portugal, aunque es cierto que su Metrópoli Eclesiástica fue trasladada á Santiago de Galicia.

Apenas doce inviernos habian hecho caer las hojas de los árboles, y el astro que arregla las estaciones visitado otras doce veces todo el Zodiaco, despues que esta excelente Virgen vió con sus ojos la luz, la crueldad de un Tirano la hizo poner en una hoguera para quemarla viva: pero fortificando la divina gracia su tierno corazon, entró en medio de las llamas como en un lugar delicioso; y sin asustarse de tan horrible aparato, infundió con este generoso atrevimiento en los verdugos el espanto, y terror.

Nació con ella esta grandeza de ánimo, y desde los primeros años de su vida dió muestras grandes. Vióselas desde entonces aspirar al trono, y á ser esposa de un Dios, despreciando todos los juegos de la niñez. Ningun atractivo tenía para ella todo aquello que tanto encanta de ordinario á los jóvenes, mostrando una grande indiferencia por todos aquellos adornos que con tanta pasion buscan casi todas. Jamás cuidaba de realzar lo brillante de su hermosura con las flores, el oro, y las piedras preciosas: nunca se vió con cintas de diversos colores anudar al redor de la cabeza sus cabellos hermosos, ni formar bucles de ellos, ni otras invenciones. Un ayre modesto, un silencio serio, una conducta arreglada eran, todo su adorno, y hacian admirar en una niña de doce años todas las virtudes de la edad avanzada.

Luego que la persecucion del impío Diocleciano se estendió como una furiosa peste de Pro-

vin-

vincia en Provincia, y de Ciudad en Ciudad, y se vió á los Tiranos armados contra Jesu-Christo forzar á los Fieles con el rigor de los tormentos para dar á los Dioses de los infiernos un incienso manchado con la sangre impía de las víctimas, se enfureció el corazon de esta joven. Siéntese al punto abrasada del deseo de señalarse en esta ocasion: animada del Dios de los Exércitos, no respira mas que por el combate; y no pudiendo contener ya este noble ardor, quiere ir á buscar al enemigo en persona.

Opónese su madre á este impetuoso zelo, reprimiendo tan santa audacia. Llena de ternura por una hija tan amable, la lleva á una casa de campo; y por medio de este sabio, y prudente retiro, la apartó de los riesgos á que su valor la iba á precipitar. Una choza retirada, y poco decente, sirvió por algun tiempo de barrera al impaciente deseo que tenía de derramar su sangre por su divino esposo. Pero esta quietud se le llega á hacer insoportable: considera como una cobarde ociosidad á esta vida tranquila, y esenta de peligro, donde la obligan á pasar sus mas bellos dias, hasta que en fin burla los cuidados, y la vigilancia de su madre. Abre por la noche la puerta del aposento en donde la tienen encerrada; y á la manera que una esclava rompe sus grillos, huye con alegría á un lugar que ponga su vida en seguridad. Toma el primer camino que se le presenta, ó por mejor decir no sigue ninguno abierto, y de los trillados; sino caminando

A 4

á

á la ventura, tan presto se mete por pantanos, como atraviesa por malezas, y espesuras; en las quales desgarrando cruelmente sus tiernos, y delicados pies, comienzan á hacerla derramar las primeras gotas, primicias de su sangre. Con todo eso, no vá sola: una tropa de Angeles la acompañan; y aunque una noche oscura cubre con sus velos los campos vecinos, el Autor de la luz, que abrasa su corazón, alumbra tambien sus pasos. Así caminaba en otro tiempo por el desierto el ejército de los Israelitas guiado de una columna de fuego, que como una hacha encendida, apartando las tinieblas á la derecha, y á la izquierda, le mostraba el camino que debía tomar. Del mismo modo la joven Eulalia, salvándose de Egipto, y buscando el camino del cielo, que es la verdadera tierra de promision, mereció que saliese el dia para ella de entre las tinieblas de una noche oscura. Caminó, pues, con tanta prontitud, y con tan grande diligencia, que ya había andado muchas millas quando salió el sol; y apenas comenzaba este astro á dorar las torres, y lo mas alto de los Templos de Mérida, quando Eulalia entró en la Ciudad. Corre á palacio: atraviesa por medio de la guardia del Gobernador: llega al pie de su tribunal; y se halla sin inmutarse en medio de unos montones de hachas, y de haces de varas. ¿Qué furor, Señor, le dice á este Magistrado con un tono de voz algo elevado; qué furor os incita á perder de este modo las almas; y por qué razon,

abusando de la flaqueza de tantos infelices, demasiado pródigos, ay de mí, de su salvacion, los forzais á postrarse delante de los Idolos hechos al escoplo, y á renunciar al que es el Autor de todas las cosas? Ahora bien, puesto que buscais Christianos, yo lo soy; y además de eso, enemiga implacable de vuestros Dioses. Dónde estan esos, que los voy á pisar, y vengo á declararos que no adoro mas que á un Dios. Isis, Apolo, y Venus nada son. ¿Qué digo yo? Maximiano, sí, vuestro mismo Emperador, no vale nada: aquellos porque son hechos de un tronco de olivo, ó de un pedazo de marmol; y este porque adora á ese marmol, y á ese tronco: él se precia de ser el Señor del mundo, y no será para mí sino el último de los hombres, mientras le viere doblar la rodilla ante una piedra, ó un leño. Tiemble él á presencia de tales Dioses: ponga á sus pies su diadema; pero no pretenda sujetar á personas libres, y á corazones generosos á esas vergonzosas baxezas. ¿Qué cabeza, ó Dios, han dado al Imperio: qué Emperador, ó por mejor decir, qué Tirano, que no se sacia sino de sangre inocente, que no se alimenta sino de las entrañas de los buenos, y que no pone su gloria sino en perseguir á la virtud! Y así ánimo, digno Ministro de un tal Señor: emplead el hierro, y el fuego: haced pedazos á los Fieles: que despues de todo esto no hareis mas que quebrar algunos vasos de barto: ni vos, ni vuestro Príncipe alcanzareis en esta ocasion una

una victoria muy señalada, y no es muy grande el valor que se emplea en vasos de tierra.

Un discurso tan poco esperado, pero al mismo tiempo tan vivo, y tan urgente, no pudo menos de excitar el despecho, y la rabia en el alma del Gobernador, dispuesto ya de suyo á recibir estos movimientos. Que la cojan, gritó al instante, y que la confundan á tormentos: sepa por una sangrienta experiencia que hay Dioses, y que nuestro Príncipe no es un Monarca de farsa, sino de veras. ¡Infeliz niña, á qué me obligas! ¡Que no he de poder yo curarte de tu impiedad! Haz algo de tu parte, que yo te salvaré la vida. Considera de qué bienes te privas á tí misma por tu locura. ¿Qué ventajas no te promete tu ilustre nacimiento? Todo esto lo renuncias por una extravagancia ridícula. Pon los ojos en tu casa, pronta á arruinarse por tu caída: mira sus lágrimas, oye las quejas de tus antepasados: gimen al ver la mas bella, y la última flor de su desgraciado tronco marchitarse al momento que no hace sino brotar: á la única heredera de su nobleza, y de su sangre, perecer miserablemente al mismo punto que les había de dar nuevos descendientes. ¿Es posible que has de ser insensible á las pompas, y las dulzuras de un ilustre matrimonio? ¿No se dexará doblar tu corazón á la lisonjera esperanza de ensalzar tu linage? ¿Y no temes colmar de un eterno disgusto á la deplorable vejez de los que han dado la vida á tu madre, quitándoles el único consuelo

que

que les queda? Ya ves estos instrumentos propios para diversos suplicios; pues todo esto está dispuesto para tí. Con sola una palabra que diga, eres perdida. Estos verdugos no aguardan sino mis últimas órdenes para quitarte la vida: ó te cortarán la cabeza, ó te entregarán á las bestias, ó bien pondrán tu cuerpo sobre braseros ardiendo, que harán derretir tu carne poco á poco, y que al fin te reducirán á cenizas. Por lo demás, nada te es mas facil que evitar tan terribles tormentos: no tienes mas que arrojar un grano de incienso en ese incensario; que tocar solamente con la punta del dedo esos sazonados pasteles, ó tortas, como para ofrecerlos á los Dioses, y ya tienes la vida segura. ¿Es esto acaso, niña mi querida, alguna cosa tan difícil de executar?

Nada respondió á todo esto Eulalia; pero en su interior se estaba deshaciendo. Despues cediendo de repente á la violenta impresion del espíritu divino, que la hacía obrar, le escupe en el rostro al Tirano, derriba el Idolo de un puntapie, empieza á pisar las tortas de la ofrenda, trastorna el altar, incensarios, navetas, y vasos sagrados; y pone el desorden, y la confusion entre los Dioses, y sus Ministros. Esta santa audacia bien presto tuvo su recompensa. Cójnla dos verdugos, despójnla, despedánla á azotes, bañándola toda en sangre. Cede á los golpes aquel talle delicado, y derecho: cuéntalos Eulalia, y dice: Sobre mí os escriben, Señor: sobre mi cuerpo os graban con el hierro, y el acero, así á vos,

como á vuestras victorias: ¡quánto gusto tengo en leerlas de este modo! Vuestro nombre, ó Jesus mio, brilla en mí con caracteres de púrpura. Acompaña á sus palabras un ayre alegre, y contento. No se ven correr lágrimas de sus ojos, ni se oyen salir ningunos suspiros de su boca: su alma está tranquila; y la sangre pura, y roxa, que corre de sus heridas, no sirve mas que de realzar su blancura natural con nuevos colores; y este inocente adorno la hace mas viva, y mas hermosa.

Pero no se queda en esto la crueldad del Tirano: para él es poco el haber puesto sus sangrientas manos sobre el cuerpo de una virgen, cuya edad, y hermosura, cuyo espíritu, y nacimiento hubieran amansado á un tigre: su bárbaro furor le hace pensar que el hierro no es bastante para su intento: acude al fuego, del qual espera sacar mas fruto. Hácé, pues, que enciendan muchas hachas al rededor de Eulalia: cércala la llama por todas partes: aplícanle unas á los costados, otras al pecho: corre el fuego, y vuela por todo el cuerpo. Viendo la joven Martir que la desnudaban, y que había desatado desde el principio sus cabellos, sencillamente recogidos baxo de su velo, para que tendidos por sus hombros, se extendieran sobre sus pechos, y los cubriesen con los rizos naturales, en que no había tenido que ver el arte, sosegaba un poco su asustado pudor, y miramiento honesto. Mas ya comienza á levantarse la llama: se prende en los

cabellos; y cebándose en ellos, sube en fin hasta lo mas elevado de la cabeza: y premeditando entonces la casta Virgen que la única cosa que le quedaba para ocultar su cuerpo á los ojos de los hombres, se le quitaba con la violencia de las llamas, creyó que no debía vivir mas: abrió la boca, y respirando la última vez, atraxo á sus pulmones la muerte envuelta en un torbellino de fuego. Vióse al mismo tiempo salir de su boca una paloma mas blanca que la nieve, que tomó su vuelo hácia el cielo. Era esta el alma de Eulalia, que baxo de esta figura se escapaba de la prision, dando á entender por este símbolo, que el Espíritu Santo se dignó tomar otras veces su agilidad, su candor, y su inocencia. Al punto se apagan las hachas por sí mismas: cae dulcemente la cabeza sobre el hombro; y el cuerpo sin movimiento, y sin vida no sufre mas: goza de un perfecto reposo mientras que el espíritu que la animaba, penetrando los ayres, entra triunfante en la gloria, y vá á cumplir sus votos al templo del Padre Eterno. Uno de los soldados de la guardia del Gobernador vé aquella ave milagrosa: apodéranse de él el pasmo, y el temor, y le hacen abandonar su puesto. Otro de los verdugos, testigo de la misma maravilla, dá las mismas señales de sobresalto, y miedo: huye, y la palidez de su rostro, y el temblor que le agita, confirman la verdad del milagroso suceso. Entretanto cae la nieve á copos: llénase en un instante la plaza, y queda el cuerpo de Eulalia cubier-

bierto. El cielo, á cuyo cuidado estan los funerales de una Virgen, que tanto estima, dispone por sí mismo la pompa, y hace reynar por todas partes el color casto de ellas. Huid lexos de aquí vosotras, que vendéis vuestras lágrimas en las exéquias de los muertos: no se vean en estas aquellas plañidoras, que se afligen solamente por cuenta de los que las pagan, y que no tienen, ni dura mas su sentimiento sino en quanto reciben el dinero. No vengais aquí á deshonorar por una triste ficcion, y con sentimientos forzados la pompa fúnebre de una doncella, que los elementos tienen orden de hacerla célebre. Mérida, illustre colonia de los antiguos pueblos de Estremadura, y de Leon, situada sobre el famoso rio Guadiana, cuyas aguas corriendo con una prodigiosa rapidez entre dos riveras siempre floridas, lavan al pasar los elevados muros de esta soberbia Ciudad: Mérida, digo, que fue la cuna de Eulalia, tiene tambien el honor de ser su sepulcro. En el centro de esta dichosa patria es donde esta Santa Virgen, y Martir reposa, baxo de la magnífica media naranja de un edificio de piedra. Allí es donde el devoto peregrino, y el curioso romero van á venerar sus sagradas cenizas: allí brilla el oro sobre los techos: allí mil flores artificiales hechas de diversas piedras preciosas, componen un rico pavimento á la mosaica: los colores son tan vivos, y el arte ha imitado tan bien á la naturaleza, que creeríais caminar por un prado sembrado de todas las flores de

de la primavera. Baxaos, y coged violetas: haced ramilletes de amarantos; porque aquí el invierno tiene sus flores como la estacion mas bella. Recibid las que yo os ofrezco, Virgen tierna, admirable esposa de Jesu-Christo: recibid las guirnaldas, y los festones que vengo á colgar sobre vuestra sepultura: las flores de que se componen son muy comunes; pero á vos se os consagran. Permitidme honrar de este modo por medio de mis versos vuestros sagrados huesos, que reposan á los pies de Jesu-Christo sobre el oro, y la púrpura. Y si la dulce harmonía de nuestros himnos, y de nuestros cánticos tiene algo que nueva, mirad favorablemente á vuestro pueblo.